



temas de hoy

Novela

442 g

86 915 palabras

Memorias de una ex reina del baile

Alix Kates Shulman



ALIX KATES SHULMAN
MEMORIAS DE UNA EX REINA
DEL BAILE

Traducción de Lucía Baskaran

Título original: *Memoirs of an Ex-Prom Queen: A Novel*

© Alix Kates Shulman, 1969, 1971, 1972, 1997

© por el prólogo, Alix Kates Shulman, 2019

Publicado de acuerdo con Farrar, Straus and Giroux

© por la traducción, Lucía Baskaran, 2021

Edición a cargo de Patricia Escalona

© Editorial Planeta, S. A., 2021

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2021

ISBN: 978-84-9998-851-1

Depósito legal: B. 1.438-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Cuando el Orient Express entró pesadamente en la helada Estación Central de Múnich (¡y yo recién llegada de Madrid!) para arrojarme al andén y a los brazos de mi expectante marido, yo era una mujer sin grandes estrategias. Solo sabía que tenía algo menos de dos minutos para abrigarme, recoger mis diccionarios y mis pertenencias, agarrar mi billete y encontrar las palabras precisas y perfectas del inglés con las que deshacerme de mi marido. Sabía que él estaría esperándome, sonriendo, al final del andén, justo a un paso de distancia del revisor, quizás ofreciéndome ya una de esas salchichas por las que la estación de Múnich era tan famosa y que él sabía —maldito— que yo adoraba. No tendría oportunidad de experimentar con la actitud o las palabras. Para entonces tenía claro que esperar y ver sería dudar, y que dudar sería perder.

En mis cuatro largos años de matrimonio con Frank, ya había desperdiciado demasiadas oportunidades de liberarme

al poner el punto de mira en él. Esta vez debía dar en el blanco a la primera o él me pillaría.

El chasco de habernos instalado en un par de habitaciones tristemente amuebladas en aquella deprimente ciudad del norte de Europa, a la que incluso le faltaba el mérito de ser una capital, me había catapultado al sur. Frank tenía su trabajo; yo tenía mi nada. Desde luego, Múnich no era lugar para pasar el invierno enjaulada con un marido posesivo en una de esas casas de la posguerra sin ventanas y a seis manzanas de la última parada del tranvía; una casa con candados y llaves infinitas, una casera fisgona y ningún teléfono; con solo becados Fullbright por amigos en un lugar extranjero. ¡Un desperdicio de mi juventud!

—Muy bien, vete a España entonces —dijo él cuando le di la tabarra con lo de mi billete—. Aprovecharé el tiempo que estés fuera para pulir mi pieza sobre la Cuestión Alemana ahora que *Intersection* ha mostrado interés.

Tuve cuidado de no mostrar mi alegría. Él era claramente ambivalente respecto a mi viaje.

—Intentaré traerte algunos libros de la biblioteca. Quizás podrías aprender algo de español mientras estés allí. Diviértete; desahógate.

Pero obviamente, si de verdad me había divertido, ¿cómo iba a desahogarme? Me lo había pasado demasiado bien como para contestar a las cartas que él me enviaba desde todas las oficinas American Express del sur de Múnich. Tendría que haberlas contestado con mentiras, y yo quería vivir con transparencia.

Había llegado la hora de ser honesta. Si él me diera la mitad del dinero, desaparecería de su vida. Podría quedarse con el apartamento y los muebles, nada de pensión alimenticia, podría terminar el año aquí y esperar a estar en Nueva

York para contactar con los abogados. Un desvío sencillo. Yo iría a... Roma. Le dejaría decidir qué contarles a nuestros amigos, le daría tiempo para pensar una historia para la familia. Dejaría que guardara las apariencias como quisiera. Lo mío ya se solucionaría.

Mientras el tren chirriaba lentamente hasta pararse, me eché un último vistazo en el espejo. Ni bien, ni mal. Estaba perdiendo la capacidad de juzgar ahora que tenía veinticuatro años. Me alisé el flequillo sobre los ojos, me ahuequé el pelo de la coronilla, tensé la sonrisa. Tener buen aspecto hacía que todo fuera más fácil. Pero me sentía anciana: veinticuatro años y casada y ajada, una vieja gloria, como la Miss América del año anterior. Por favor, Dios, recé, déjame ser guapa al menos hasta que se me acabe el dinero.

El clérigo de mejillas sonrosadas con quien había compartido cabina dijo «*Auf wiedersehen, Fräulein*» mientras me extendía su mano regordeta. Esos alemanes estrechamanos.

«*Bye-bye*», le dije. Les encantaba oírte decir *bye-bye*. Su parloteo constante en alemán desde que habíamos pasado Nancy había ahuyentado los ritmos españoles de mis oídos y me había obligado a posponer mis preparativos hasta el último momento. Y ahora insistía en que yo saliese del compartimento primero, cuando yo necesitaba cada segundo extra.

—*Bitte* —dijo él, sujetándome la puerta y esperando.

—*Danke* —contesté. Y abandonando la última posibilidad de huida, caminé por el andén hacia la guarida del león.

Ahí estaba el león en persona, tal y como lo había esperado, a un paso del revisor, sonriendo una vez me hubo visto y llevando consigo una brazada de anémonas. Como si yo volviera de una escapadita a la hora convenida.

«¡A por él!» Pero mis palabras no estaban preparadas. «*Achtung! Achtung!*», resonó el altavoz mientras Frank venía hacia mí y se me adelantaba hablando primero.

«Bueno, déjale —pensé—. Tendré la última palabra: *bye-bye.*»

—Hola, nena. Bienvenida. ¿Te lo has pasado bien?

Todo sonrisas, me ofreció las flores. ¡Flores! Eran las primeras que me regalaba; tramaba algo. Una vez, cuando ambos éramos estudiantes, había recogido un puñado de ranúnculos con el que amarillear nuestras barbillas. Pero aquello era diferente. Esas flores eran premeditadas. Qué odioso por su parte traerme anémonas, que me encantaban, que se abren y se cierran y crecen de una manera tan estridente ante los ojos, como una película a cámara rápida. Era como si él supiera... Pero de repente me di cuenta de que por supuesto él no lo sabía. En aquel momento yo lo sabía todo y el catedrático no sabía nada. Era yo quien tenía la intención de actuar, yo quien tenía ventaja. Estaba preparada para ejercer todo mi poder, la única clase de poder que tiene una mujer. Hasta la noche anterior, cuando le había mandado un telegrama avisándole de mi llegada inminente en el Orient Express, él seguramente me había considerado una de las desaparecidas o fallecidas; pero ahora pensaba en mí como su mujer que volvía a casa tras una pequeña escapada. Ni siquiera sospechaba que mi intención era dejarlo para siempre. Pensaba que le dejaría corregir mi ortografía y enseñarme alemán, que cocinaría *Weisswurst* para él y entretendría a sus amigos y exploraríamos iglesias bávaras mientras él trabajaba, y que me sentiría halagada por pertenecerle. Ni siquiera sospechaba la verdad. Evité su beso dándole mi maleta. La dejó en el suelo. Me abrazó, me apretó los hombros y me plantó un beso marital en la mejilla.

—Bienvenida a casa —dijo tiernamente con la alegría de la posesión, cada sílaba visible como una nube de vapor en el aire helado de la estación. Sus palabras eran objetos visibles en el aire. ¿Dónde estaban las mías?

No podía evitar que me temblasen las rodillas. ¿No se daba cuenta de que estaba hecha polvo? Tendría que haber sido fácil soltar la verdad abruptamente. Entonces ¿por qué resultaba todo tan turbio? Quizás porque sabía que Frank creía exactamente lo que quería creer, ni más, ni menos. No le gustaba la mierda, aunque la mierda fuera abono.

—Dios, te he echado de menos. ¿Por qué no me escribiste? —preguntó. Pero, por supuesto, no podía dejar que contestase a una pregunta tan peligrosa. Rápidamente añadió—: ¿Qué te ha pasado? —cambiándome de activa a pasiva.

Cómo deseaba poder decirle que no me pasaba nada, que era yo la que «estaba pasando», fuera verdad o no. Cómo deseaba poder decirlo...

—Ha pasado mucho. —«Ahora. Díselo ahora.» Pero el altavoz me interrumpió con sus *Achtungs* y perdí el valor.

—Estaba preocupado por ti. ¿No recibiste mis cartas? Te escribí a todos los sitios que se me ocurrieron. Bueno. Ya has viajado. ¡Espero que *eso* se haya acabado! Espero que estés bien desahogada. Ahora que estás de vuelta, no te perderé de vista nunca más. Dios, te he echado de menos. —Un tren que arrancaba en ese momento ahogó sus palabras. Me apretó el brazo y gritó—: ¡Venga! Vayamos a por unas salchichas y así me cuentas tu aventura. Ten, cógelas. —Finalmente consiguió que yo cogiera las flores y agarró mi maleta.

¿Por qué todo lo bonito que él hacía por mí era un soborno o un favor mientras que mis actos de generosidad con él eran un deber? Trataría de esquivar mis revelaciones con salchichas, comprar mi silencio con anémonas. De reojo, le ob-

servé brincar demasiado alegremente por la estación mientras cargaba con mi maleta, sus largas piernas corriendo por delante de él como si tuvieran que llevarlo a algún lugar importante, y sabía que sería cuestión de un instante hasta que se me ocurrieran las palabras adecuadas, las palabras con las que le diría la verdad. Usaría sus palabras, su vocabulario vaporoso.

—Frank. Espera. Antes de que vayamos a por las salchichas, tengo que decirte algo.

—¿Qué? —me preguntó sonriente.

Siempre sonriendo. Ni siquiera dejó mi maleta en el suelo o aminoró el paso para escuchar lo que tenía que decirle. Parecía no acordarse de que durante mi estancia fuera, no le había escrito una sola carta.

—Te fui infiel, Frank. —Me aparté el flequillo de los ojos con indiferencia—. En Madrid.

No movió un músculo, ni siquiera para dejar de sonreír. Pero yo sabía que le había impactado. Podía proseguir, sabía que las palabras vendrían con facilidad. Cuán mejor es decir la verdad que intentar ocultarla. Después de aquello estaba segura de que lo único que me mantendría allí serían las formalidades y lo harían durante un período muy corto, como quien hace tiempo después de un funeral. Luego sería libre de irme.

Pero no me la jugué. Solemnemente, oficialmente, dije:
—Sé cómo te sientes. Sé que es el final de lo nuestro.

Ahora le tocaba a él.

Sí, me había oído. Comenzó a aminorar la marcha. Finalmente, dejó de andar. Se quedó mirándome, cogiendo y dejando mi maleta en el suelo, como si tuviera un tic. Se quedó un rato con la boca abierta, dejando que la verdad se filtrase. Se limpió una mano en el abrigo. Después saltó con su respuesta automática y simple:

—¡No! —Suavemente al principio, subiendo el volumen en ínfimos incrementos de decibelios después—. ¡No! ¡No! ¡No!

Lo conocía lo suficiente como para identificar cada uno de ellos. Qué variedad de *noes*, sustituidos de vez en cuando por un sinónimo o una paráfrasis: «No lo hiciste», «No te creo», «No podrías hacerlo». Un torrente de negativas. Los noes me regalaron un instante más para odiarlo. «¡Escúchalo!», me dije a mí misma triunfante, justificándome. Pero lo cierto es que no había tiempo para eso, y, además, justificarse sería una trampa. No, simplemente necesitaba expresar mi ventaja e irme.

—Sí —le susurré, insegura del efecto que iba a causar en él—. Sí —repetí suavemente entre bocados en el puesto de salchichas de la estación, cuidadosamente, intentando suprimir el tono de triunfo. Pero ahí estaba, en el mostrador que había entre nosotros, ordinaria como las anémonas, nuestra disputa matrimonial básica: «¡No!». «¡Sí!» «¡No te dejaré!» «¡Debería!» «¡Es una mentira!» «¡Es la verdad!» «¡No lo hiciste!» «¡Sí lo hice!»

Infidel. Era una palabra que él podía entender, un concepto que podía manipular, una palabra clara, abstracta, inteligible, que implicaba orden. Orden violado, pero orden al fin y al cabo. Aunque él se tapaba la cara con las manos mientras yo terminaba mi último bocado de salchicha, sabía que estaría bien cuando yo me fuera. Se estrujaría las manos y les diría a nuestros amigos «Me fue infiel», y creería en mi corrupción y en su pureza. Y después se buscaría otra esposa.

—No me dejas opción. Se acabó, ¿sabes? —me amenazó.

—Lo sé —dije, aceptando el envite.

Me miró fijamente, frunciendo el ceño y mordiéndose el labio inferior de la manera en la que lo hacía cuando trabajaba, y después se arriesgó a preguntar:

—¿No te importa?

Una pregunta desesperada. ¿Qué podría decirle? Pobre hombre, pero era él o yo.

—Supongo que ya no te quiero. Ya no te pertenezco.

Bueno, al menos era verdad. Miré mi cerveza. Después de que transcurrieran un número prudente de segundos, di un trago. (Si hubiera sido antes, él habría dicho «¡Deja la jarra y escúchame!».)

—¿Acaso no te lo he permitido todo? ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Por qué?

Hacerle. Me encogí de hombros.

—¿Por qué tuviste que hacerlo?

Hacerlo. Era tan escurridizo como el esperma. No, no. ¡Me negaba a defenderme!

—No *tenía* que hacerlo. Me apetecía.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. Supongo que porque no había ninguna razón en contra.

—Yo soy la razón en contra. Porque estás casada conmigo. Porque hiciste una promesa. Me prometiste que no lo harías —dijo resoplando. Resoplido, resoplido.

Técnicamente, lo había prometido. Pero bajo protesta. Ahora él me perdería por un tecnicismo. Se lo había prometido solamente porque él había insistido. Para calmarlo. Mentiras.

—Pero no tenía por qué haberte contado lo de Madrid, ¿no? —dije—. Así que la promesa no era realmente una razón para no hacerlo, ¿no? Solo era una razón para no contártelo.

—Bastante cierto, sí. Al menos prometiste no contármelo. Pero me lo has contado. Y ahora es demasiado tarde. ¿Por qué tenías que decírmelo? Desearía borrarlo y olvidarlo. —Escondió la cara entre las manos de nuevo.

¿Habría sido desagradable por mi parte señalarle la frecuencia con la que leía mis cartas a y de mis amigos por encima de mi hombro? ¿Quería enterarse o no quería? Fui generosa y no dije nada.

—Te lo he dicho porque sé que volverá a pasar. Porque no me dejas respirar. Volverá a pasar y te enterarás. ¡Odio las mentiras!

Se sonó la nariz resoplando con fuerza. Me dio vergüenza. Los orificios de la nariz se le llenarían de venas rojas y el cuello de venas azules. ¿Iba a seguir con todo esto en la estación de tren? En la radio, alguien cantaba una canción de la Dietrich:

*Ich bin von Kopf bis Fuss auf Liebe eingestellt
Und das ist meine Welt, und sonst gar nichts.*

—Si no te importa, me gustaría ir a casa —dije sacando mi espejo—. Tengo mucho que hacer. Me siento como si no me hubiera bañado en un mes. Intentaré estar fuera de aquí en uno o dos días, tres como mucho. ¿Te parece bien? —Mi aspecto era peor de lo que debería; tenía que ir al médico. Guardé el espejo y me levanté.

—Primero tendremos que hablar un poco —respondió él tratando de recomponerse.

—Vale. Podemos hablar si quieres.

Era lo mínimo que podía hacer. Se quedó mirando fijamente más allá de mi cabeza, con la mirada perdida, sin decir nada. Empecé a andar hacia la salida. Sabía que él me seguiría. Dejé algo de dinero sobre el mostrador y me alcanzó, agarró mi maleta con una mano, y las anémonas, que yo había olvidado, con la otra. Llegó a tiempo de devolverme las flores y abrir la puerta. En bordillo de la acera, me cogió del

como con firmeza y me guio a través del tráfico demencial de Múnich hasta la estrecha marquesina en la que paraban los tranvías. Sin olvidar en ningún momento mi papel y el suyo. Pero bueno, de todas formas, yo estaba demasiado cansada como para que me importase; dejaría que me protegiese del tráfico; Múnich era una ciudad muy fría y hostil.

En la marquesina, Frank puso en orden su ingenio.

—No tienes pinta de cambiada —dijo con una sonrisa leve.

—Por favor, no hablemos de mi pinta. He estado enferma. Una de las cosas que tengo que hacer antes de irme es ver a un buen médico alemán.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé exactamente. Vi a un médico en Madrid, pero no me ayudó. Estos doctores católicos...

—¿Qué te dijo?

—Algo sobre hormonas. Y me dio unas pastillas. Las tomé durante un tiempo, pero ahora me da miedo seguir tomándolas. Creo que es una locura jugar así con las hormonas, ¿no te parece? Solo espero no estar embarazada —dije riendo y apartándome el pelo de la frente.

—¿Embarazada? —Parpadeó.

—En realidad es muy improbable; siempre uso el diafragma. Es solo que no me vino la última regla. Pero eso podría ser por muchos motivos.

Miró alrededor para ver si alguien estaba escuchando nuestra conversación.

—¿Cómo has podido? —susurró. Como si alguien allí pudiera entendernos y le importase. Todos los que estaban apretados en la estrecha marquesina de cemento se esforzaban por ver qué número de tranvía era el que se estaba aproximando o intentando evitar que el viento les diera en la cara. Nadie nos prestó la más mínima atención.

Un tranvía número cinco frenó detrás de un número seis y paró con las campanas tintineando. Frank dejó mi maleta y sacó la cantidad de pfennigs necesaria. El conductor picó dos billetes metódicamente en varios sitios y nos hizo una señal para que subiéramos dándole un empujón a la maleta.

Asentado en la parte trasera del coche, Frank me miró con dureza.

—Lo habías planeado —dijo.

—¿El qué?

—Te llevaste el diafragma. Estabas planeando serme infiel. Ay, Dios.

—Para nada.

—Por supuesto que sí. No mientas.

Me negué a contestar. Aún estaba reservándome la última palabra. No era verdad que lo hubiera «planeado» en el sentido en el que él lo decía, pero si fuéramos al fondo de la cuestión, ¿cuál era la diferencia entre haberle dejado dos meses antes o hacerlo ahora? Pobre catedrático, confundido, preocupado por la pregunta equivocada.

—Nunca voy a ningún lado sin él, como tú y tus gafas de repuesto. Todos tenemos que cuidarnos. Pero eso no es *planean* nada.

No respondí. Quizás ni siquiera me oyó.

El tranvía dio un frenazo y me lanzó contra Frank. Nuestras miradas se encontraron un instante y vi que la suya estaba llena de odio. ¿Era ese el odio del león enfrentándose a su domador o a su presa? Algo había salido mal. Miró hacia otro lado rápidamente. Durante el resto del trayecto se mantuvo en un silencio sepulcral hasta que llegamos al final de la línea. Ni una palabra. Pero su silencio no me engañó. Ya había visto el odio. Sabía que no debía bajar la guardia ni un momento o él estallaría. De pronto sentí miedo.

Cuando el tranvía paró al final de la línea, emprendimos nuestra ardua caminata a través de las calles llenas de nieve hasta la triste casa en la que vivíamos. Yo llevaba las anémonas y Frank llevaba mi maleta con la cabeza inclinada por el peso de sus acusaciones.

¡Cómo se atrevía!

—¿Qué esperabas? —grité.

Pero la única respuesta que obtuve fue el pum-pum de mi maleta contra su pierna.

¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Acaso no era libre? Me juré salir de ahí. Rápido.

Me di cuenta demasiado tarde de que tendría que haber ido a un hotel, vi demasiado tarde que la distancia entre las camas no era suficiente. Incluso en una cama separada su ego me atraparía.

Traté de mantener la calma durante la conversación, pero Frank no lo hizo. Lo vi todo: primero me hablaría de principios y luego me insultaría. Y si la discusión no iba por donde él quería, cambiaría de postura y latinearía, exagerando sus consonantes y subestimándome. Ya estaba susurrando:

—¡Calla! ¿Quieres que Frau Werner se entere de lo que eres? —y yo, perdiendo el control, le grité:

—¡Me importa una mierda lo que piense Frau Werner! ¡O lo que tú pienses! ¡Me importa lo que pienso yo! ¡Y lo que pienso es que voy a dejar esta casa, este país y a ti y a Frau Werner!

—¡Cállate, puta! ¡Zorra! ¡Zorra egoísta y castradora!

«¡Los insultos que usan! Dios mío —pensé—, ¿cómo he llegado hasta aquí?» Esperaba que fuera fácil. ¿Acaso él no me

había amenazado mil veces con dejarme si le era infiel? ¡Hablando de engaño! Eran sus palabras las que no valían. Siempre insistiendo en que un trato era un trato. ¿Y qué pasaba con su parte del trato? No debería haber quedado nada: mi confesión y castigo, una dilación del cuello y un raspado de útero rápidos, hacer las maletas, vuelta al Orient Express y fuera de allí. Si no, el tiempo pasaría y malgastaría el dinero. No tenía más dinero o tiempo que gastar en él. Me negué a escuchar sus insultos. No dejaría que me manipulase con sus ataques y sus broncas.

—Estás intentando hacer que te eche, pero no lo voy a hacer —amenazó—. Sigo siendo tu marido. Tengo derechos. Si quieres dejarme, tendrás que hacerlo tú. No puedo detenerte, guarra, pero no te voy a ayudar. ¡Ni un céntimo! ¡Ya puedes irte a zorrear por toda Europa!

Decidí no contestar. No necesitaba su permiso, claro, pero ¿para qué hacer hincapié en eso? El dinero de la beca Fullbright era suyo, pero el resto era mío, ganado en trabajos de nueve a cinco que él nunca habría aceptado, aunque estuviera más que dispuesto a vivir de ellos. Puede que después de un buen descanso estuviera más calmado y razonable.

Le pregunté a Frau Werner si podía darme un baño aunque no nos tocase usar la bañera esa noche. Dijo que por supuesto, que ella lo prepararía. Me quité la ropa y, mientras alcanzaba la toalla que ella me había dejado en el pomo de la puerta, Frank se adelantó, tiró la toalla fuera de mi alcance, por poco se tropezó con las anémonas y me quitó el sujetador. El león levantó su garra. Mientras el sujetador colgaba sobre mis hombros, metió las manos debajo y empezó a acariciarme los pechos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Quería aplastar sus dedos de mosquito y meterme en la bañera, pero dudé. Ha-

bía algo desesperado en su respiración rápida en mi nuca y me dio miedo pelear.

—Me perteneces. Eres mi mujer —murmuró en mi cuello, proclamando su fuerza y mi deber al mismo tiempo.

—Para —dije. Intenté apartarlo de mis hombros, pero se aferró, pellizcándome los pezones con las yemas de los dedos. Empecé a luchar en serio. Su aliento en mi nuca me puso muy nerviosa—. Por favor, Frank. No es justo.

—«Por favor, Frank. No es justo» —se burló—. ¡Zorra!

Intenté mantenerme calmada. Él estaba muy enfadado. Papito. Mientras dudaba si clavarle las uñas en las muñecas, me empujó sobre una de las camas y me sujetó las muñecas por encima de la cabeza con destreza. Se sacudió las gafas con un movimiento de cabeza y estas cayeron al suelo. Me vi a mí misma como si fuera la víctima de un cómic, ahogándome con mi propio sujetador, que daba sacudidas alrededor de mi cuello, y sentí el impulso casi incontrolable de echarme a reír. Pero Frank parecía tan indefenso sin sus gafas, con los ojos llorosos y desenfocados, que, zorra o no zorra, intenté no reírme de él. Controlando el impulso de ser cruel, dije: «¡Voy a gritar!».

—Pues grita —masculló. Y sujetándome ambas muñecas con una mano y sin apenas desvestirse, se preparó para violarme.

No había salida. Apenas podía controlar la risa. Intenté pensar en otras cosas. Me pregunté si Frau Werner estaría escuchando al otro lado de la puerta y si la bañera se desbordaría.

—¡No! ¡Te arrepentirás! —grité, solamente para darle el gusto e intentando no sonreír, y, al final, mientras Frank ignoraba mis deseos y sus besos empezaban a hacerme unas cosquillas insoportables, dije—: ¡Por Dios, Frank, al menos deja que me quite el sujetador y me ponga el diafragma!